

Michele F. Sciacca. LA FILOSOFÍA Y EL CONCEPTO DE LA FILOSOFÍA. Traducido por David Laginamovich. Troquel, Buenos Aires, 1955, 126 páginas.

En cinco ensayos breves y un intercambio epistolar, reúne el conocido maestro y pensador italiano, lo capital de sus ideas sobre la esencia de la filosofía. Sin gran novedad para quien esté familiarizado con sus escritos anteriores, constituye, no obstante, una síntesis valiosa para conocer *grosso modo* los puntos cardinales del espiritualismo cristiano. Sabido es que tratándose de la filosofía, su definición es el primero de sus grandes problemas. Por eso definirla es, en cierto modo, definirse y orientar al lector sobre lo que puede esperar de una doctrina.

Por encima de toda crítica y rebasando el marco frío y objetivo del discurso, se

hace adivinar de inmediato una personalidad atrayente que despierta en el lector la curiosidad de penetrar más latamente en las interioridades de su dialéctica.

En el primer ensayo se plantea sin ambages la gran cuestión: “¿Qué es concretamente, la filosofía? ¿Es una ciencia como todas las demás? ¿Es una ciencia *sui generis*? ¿Tiene un objeto propio, y en tal caso, cuál es?”.

Inicia su respuesta con un análisis comparativo entre filosofía y ciencia, que se ajusta más o menos a las reflexiones clásicas sobre el tema, pero rechaza con acierto algunos errores muy difundidos (como el de que la filosofía es saber sin supuestos), desvaneciendo falsas distinciones y poniendo el acento en las más significativas. Así, afirma el carácter de compromiso integral de esta disciplina, frecuentemente olvidado o negado, y que constituye, a nuestro entender, la nota dominante del libro: “todo filósofo es una fórmula, pero su fórmula no es una abstracción: es la riqueza total y radical de su vida”. Disputa con el neohegelianismo italiano y termina resumiendo sus conclusiones: la filosofía es amor por la verdad o por Dios; posesión de verdades parciales; adquisición de bienes morales, purificación. “Su esencia es, pues, moral, y su fin es Dios. La filosofía tiene la misma finalidad que la religión”.

El artículo segundo lo titula: “¿Cómo debe concebirse la filosofía?”. Aquí desarrolla el autor una polémica exitosa contra la concepción de la filosofía propuesta por el *Centre International de Synthèse*, en que se habla de una *synthèse des connaissances*, de una *science plénière*. Dice Sciacca: “si síntesis y ciencia plenaria significan aquí composición o unión de los conocimientos en un todo, nos resulta inaceptable esta concepción de la filosofía, la que tiene problemas propios, ajenos a las demás ciencias (a

cada ciencia singular como a su conjunto), aun cuando para sus problemas la filosofía pueda recibir alguna luz (y no soluciones) de los hallazgos científicos que, en su conjunto —el más completo y desarrollado— no agotan ni agotarán jamás el contenido de la investigación filosófica”. “La filosofía no es solamente ciencia, sino una ciencia que es también sabiduría o sapiencia”.

El tercer ensayo, siempre convergente al tema, habla sobre “Filosofía y Realidad Espiritual”. En él se ocupa del concepto filosofía a través del análisis de los términos que implica, pues siendo la filosofía búsqueda de la verdad, ha de haber un sujeto que busca y un objeto buscado. El sujeto empeña toda su realidad espiritual, su inteligencia y su voluntad. El objeto es inteligible, pero trascendente, pues “la verdad es más que el espíritu que la busca”, “es anterior e independiente de él”. Pero como no existe verdad más que en un pensamiento que la piensa, un pensamiento eterno e inmutable —Dios— piensa a la verdad eterna e inmutable y se identifica con ella.

“Si es así, la filosofía como búsqueda de la verdad, significa la filosofía como ciencia de mi yo como espíritu (realidad espiritual) que busca la verdad o Realidad Espiritual Absoluta; luego, ciencia del yo y de Dios, de los espíritus y del Espíritu Absoluto. Por tanto, la filosofía se identifica con la investigación sobre la realidad espiritual finita y creada, que al descubrir en sí la presencia mediata de la verdad absoluta creadora, se vuelca en la búsqueda esencial y total de la realidad espiritual infinita”.

Pasa luego a considerar (iv ensayo) la “Esencia Educativa de la Inútil Filosofía”.

Los hombres creen hacer agravio a esta sublime ciencia mostrando que no sirve para nada. Pero he allí, nos dice, su gran elogio, porque ella no es medio, sino fin

en sí misma: "amor a la verdad, desprovista de cualquier fin extrínseco y extraño a la búsqueda de la verdad". Esto hace que la filosofía sea la gran escuela de la libertad, ciencia formadora del hombre por excelencia. Ella enseña como ninguna "la superioridad del espíritu sobre el cuerpo, de los valores espirituales sobre los de cualquier otra especie; el sentido de la dignidad y nobleza del hombre; ese señorío del espíritu que hace encontrar necias y zafias las más refinadas elegancias mundanas y despreciable toda forma de apego a los bienes contingentes". La filosofía nos libera de las cosas del mundo "para restituírnos a nosotros mismos, a nuestro espíritu, cuya conquista es el único negocio del hombre". Y a la Filosofía acude la humanidad en sus grandes crisis, en busca de orientación y de consuelo.

"¿Conocéis por ventura —concluye diciendo con las palabras de Aristóteles— una disciplina más útil que aquella con la cual y sin la cual se queda uno tal cual?".

A esta altura, Sciacca se cree obligado a completar su disquisición con un nuevo artículo ("Testimonio") destinado a justificar y aclarar en parte las oscuridades e insuficiencias a que la brevedad del ensayo lo obligan. Y remite al lector, para su mejor inteligencia, al conocimiento de Platón, San Agustín, Pascal, Rosmini, Blondel, Gentile, apresurándose a declarar su independencia respecto de todo grupo o filósofo.

Cree que todo "pensador tiene el deber de insertar su meditación en el momento histórico que vive", sin que esto encierre adhesión alguna al historicismo, ya que para él la historicidad no lo es de la verdad, sino de su descubrimiento por el hombre. Y se expande a continuación en aclaraciones sobre los grandes tópicos renovados en todo el libro, haciendo especial hincapié en el carácter trascendente

de la verdad (él prefiere llamar a su filosofía "idealismo objetivo o trascendentista").

En el último ensayo ("La horizontal de lo real y la vertical del pensamiento"), en descripción apenas esbozada diserta sobre la implicación de lo finito con lo infinito. No puede el hombre olvidar ni al mundo ni a Dios. Quedaría incompleto sin la copresencia de la vertical del pensamiento y la horizontal de lo finito (real). Sólo el hombre posee la línea vertical del pensamiento que lo empuja a Dios, que es su fin. "Hacia él dirige su mirada y hacia él tiende, sin tener la pretensión de alcanzarlo". Con esto lo deja condenado a un anhelo imposible, a una eterna insatisfacción, cuya solución está más allá del hombre...

Se cierra el libro con una selección de cartas de su correspondencia con Louis Lavelle (†1951), el pensador francés que junto a René Le Senne encabezaban la "*philosophie de l'esprit*", de tan notoria semejanza con el espiritualismo cristiano. En efecto, juntos reconocen la insuficiencia y el peligro de entregar a la ciencia o a la técnica la orientación de la vida humana; la necesidad de la metafísica, sin la cual no hay filosofía; la oposición al positivismo, al historicismo y a cualquier doctrina que pretenda negar la primacía de los valores absolutos del espíritu.

Atrayente, en especial para los aficionados a la teología, resulta la gentil polémica entablada entre los dos amigos, sobre los conceptos de "participación" y "analogía" y la teoría de la "univocidad del ser", de tan vieja tradición en el plano de las interpretaciones de la mística.

Sciacca teme que las ideas de Lavelle lo conduzcan fatalmente al panteísmo, pero éste replica que nunca podrá ocurrir tal cosa, pues su afirmación de la libertad del hombre es el mayor mentís

a todo panteísmo, necesariamente determinista, y aunque arguye con gran ingenio e hidalguía, queda no obstante (a uno le queda) la impresión de que Sciacca está en lo cierto.

Y llegamos al término de un escrito lleno de entusiasmo y afán de libertad, pero con la impronta del espíritu religioso, siempre temiendo y previniéndose de tal o cual doctrina a la que pudiera conducirlo honesta y naturalmente su propia meditación, deteriorando así los fundamentos y restando validez a las pruebas.

En suma, una obra interesante por la información que proporciona y valiosa por el énfasis que pone en el carácter moral de la filosofía, pero excesivamente breve para la magnitud de los temas que abarca.

MARCO ANTONIO ALLENDES.